

MEMORIAS DE UNA MENTE INDÍGENA Y NEURODIVERGENTE

Luis Fernando Lima Caysahuana

"Mi camino de aprendizaje,
espiritualidad y conexión con
la vida, la naturaleza y mis
raíces ancestrales"

INTISONQO

UNA HISTORIA REAL DE RESILIENCIA,
IDENTIDAD Y DESPERTAR CONSCIENTE

MEMORIAS DE UNA MENTE INDÍGENA Y NEURODIVERGENTE

Una historia real de resiliencia, identidad y despertar consciente

Luis Fernando Lima Caysahuana
Intisonqo

NOTA DEL AUTOR

Este libro nace de la memoria. No pretende ofrecer una versión absoluta de los hechos, sino una mirada honesta sobre una vida atravesada por la infancia, la pérdida, la búsqueda, la diferencia y el regreso a uno mismo.

Algunas escenas están narradas desde la percepción del niño, del joven o del hombre que fui en cada etapa. Como ocurre con toda memoria, hay hechos que permanecen nítidos y otros que llegan como imágenes, sensaciones o fragmentos emocionales.

Cuando hablo de neurodivergencia, TDAH o rasgos del espectro autista, lo hago desde mi proceso personal de comprensión y no como una sentencia médica universal. Cada persona debe recorrer su propio camino de evaluación, acompañamiento y autoconocimiento.

Este libro no intenta entregar respuestas definitivas. Es una invitación a observar la vida con más honestidad, a reconciliarnos con nuestra historia y a recordar que, muchas veces, aquello que creímos una fractura también puede convertirse en camino. También es una invitación a escuchar el cauce propio: esa dirección íntima que aparece cuando dejamos de luchar contra aquello que somos.

PRÓLOGO

Hay historias que nacen para entretener.

Otras nacen para enseñar.

Y algunas nacen porque permanecer en silencio ya no es posible.

Este libro pertenece a la última categoría.

Durante gran parte de mi vida intenté comprender por qué veía el mundo de una manera diferente. Mientras otras personas parecían adaptarse con naturalidad a la escuela, al trabajo, a las ciudades, a las normas y a las relaciones humanas, yo caminaba con una sensación constante de no pertenecer completamente a ningún lugar.

No entendía por qué ciertos sonidos me agotaban.

Por qué ciertas personas me perturbaban.

Por qué podía pasar horas observando una montaña, un árbol o una nube mientras el resto del mundo parecía correr detrás de algo que jamás logré comprender del todo.

Durante años pensé que había algo malo en mí.

Pensé que estaba roto.

Pensé que debía corregirme.

Pensé que debía convertirme en alguien diferente para ser aceptado.

Pero el tiempo me enseñó algo distinto.

Me enseñó que muchas veces el sufrimiento no nace de ser diferente.

Nace de intentar ser aquello que no somos.

Con el tiempo también comprendí algo que mi vida había estado intentando enseñarme desde niño: avanzar no siempre significa empujar con más fuerza. A veces significa aprender a escuchar el cauce.

Durante muchos años empujé el cuerpo, el trabajo, las responsabilidades y hasta mi propia forma de ser. Creí que vivir consistía en resistirlo todo. Pero poco a poco la vida comenzó a mostrarme otra verdad: no se trataba de dejar de caminar, sino de dejar de caminar peleando contra mí mismo.

Nací en una familia indígena.
Crecí lejos de mis raíces.
Crecí en ciudades donde el concreto reemplazaba a los árboles y donde las personas aprendían a sobrevivir antes que a comprenderse.
Conocí la pobreza.
Conocí el abandono.
Conocí el miedo.
Conocí la violencia.

También conocí algo más profundo: la capacidad del ser humano para levantarse una y otra vez cuando la vida parece haberlo derrumbado todo.
Este libro no es la historia de una víctima.
Tampoco es la historia de un héroe.

Es la historia de un ser humano intentando comprender quién es.
Es la historia de un niño que caminó buscando respuestas.
De un hombre que perdió muchas veces el rumbo.
Y de una conciencia que, poco a poco, comenzó a recordar.
A lo largo de estas páginas encontrarás momentos duros.
Momentos incómodos.
Momentos hermosos.

Algunos relatos hablan de dolor.
Otros hablan de amor.
Otros hablan de montañas, de silencio, de naturaleza y de aquellos conocimientos antiguos que aún sobreviven en la memoria de los pueblos.

Pero por encima de todo, este libro habla de algo que nos une a todos:
la búsqueda de nuestro verdadero lugar en el mundo.
No pretendo convencerte de nada.
No pretendo que pienses como yo.
No pretendo darte respuestas definitivas.
Solo deseo compartir mi camino.

Porque tal vez, en alguna parte de estas páginas, encuentres algo que también pertenece a tu propia historia.

Y si eso ocurre, entonces todo lo vivido habrá tenido sentido.

PARTE I
LA RAÍZ

CAPÍTULO 1

ANTES DE NACER

Las primeras historias de una vida no siempre nos pertenecen.

Algunas ocurrieron antes de que abriéramos los ojos por primera vez.
Antes de aprender a caminar. Antes de pronunciar una sola palabra.

Esta es una de ellas.

No la recuerdo.

La heredé de mi madre.

Ella me la contó muchas veces a lo largo de su vida. Cuando era niño la escuchaba con curiosidad. A medida que crecí, comencé a escucharla con atención. Y cuando me convertí en hombre comprendí que aquella historia escondía algo mucho más profundo que mi propio nacimiento.
Era el año 1983.

Mi madre estaba a punto de dar a luz. Los dolores ya habían comenzado. El momento había llegado. Debía llegar al hospital.

Subió a un taxi mientras intentaba respirar entre las contracciones y el miedo que acompaña a toda mujer que está a punto de traer una nueva vida al mundo.

Iba sola.

Mi padre no estaba allí.

Solo estaba ella.

Su cuerpo.

Su dolor.

Y el hijo que llevaba dentro.

La ciudad seguía moviéndose como cualquier otro día. Los vehículos avanzaban. Las personas caminaban. La vida continuaba. Pero para mi madre el mundo entero se había reducido a un solo instante: el instante previo a conocer a su hijo.

Durante aquel trayecto ocurrió algo que jamás olvidó.

El médico que debía atender el parto tenía un nombre: Luis Fernando.

Mi madre escuchó ese nombre y algo sucedió dentro de ella. No sabía por qué. No tenía una explicación. Simplemente sintió que aquel nombre debía quedarse conmigo.

Horas más tarde nací.

Y cuando llegó el momento de decidir cómo me llamaría, ella ya había tomado una decisión.

Mi nombre sería Luis Fernando.

Durante años pensé que esa era toda la historia. Pero estaba equivocado. Porque cada vez que mi madre me la contaba aparecía una segunda parte. La parte más importante.

Ella soñaba que algún día yo sería médico.

Soñaba que ayudaría a las personas.

Soñaba que aliviaría el sufrimiento de otros seres humanos.

No hablaba de dinero.

No hablaba de éxito.

No hablaba de reconocimiento.

Hablaba de ayudar.

Eso era lo que realmente importaba para ella.

Ayudar.

Servir.

Sanar.

Recuerdo escucharla cuando tenía aproximadamente seis años. A veces me contaba esta historia mientras conversábamos. Otras veces surgía de manera inesperada, como si quisiera recordarme algo.

Y cada vez que llegaba a esa parte, algo cambiaba en su voz.

Sus ojos se llenaban de emoción. En ocasiones aparecían lágrimas. No eran lágrimas de tristeza. Eran lágrimas nacidas de la esperanza.

Mi madre creía en mí mucho antes de que yo aprendiera a creer en mí mismo.

Durante mi infancia no era un niño especial a los ojos del mundo.

No destacaba.

No era el mejor alumno.

No era el más fuerte.

No era el más popular.

Muchas veces ni siquiera yo mismo sabía quién era.

Pero mi madre sí tenía una certeza. Veía algo en mí. Algo que yo todavía era incapaz de ver.

Ella no hablaba de aquel sueño para presionarme. Nunca lo hizo. No me exigía ser alguien importante. No me comparaba con otros niños. No me pedía que fuera perfecto.

Simplemente creía en mí.

Y existe una diferencia enorme entre ambas cosas.

Muchas personas intentan moldear a sus hijos para que se conviertan en algo. Mi madre no. Ella parecía observar una posibilidad detrás del niño inquieto, distraído y curioso que yo era.

Durante aquellos años me costaba entender el mundo. Muchas veces también me costaba entenderme a mí mismo. Me costaba permanecer quieto. Me costaba adaptarme. Me costaba seguir el ritmo de otras personas.

Pero cuando escuchaba a mi madre contar aquella historia, sentía algo difícil de explicar.

Sentía que, al menos para una persona en el mundo, yo tenía valor.

Y eso puede parecer pequeño.

Pero no lo es.

Porque hay niños que crecen escuchando todo aquello que hacen mal. Niños que crecen escuchando aquello que les falta. Niños que terminan creyendo que son un problema.

Mi madre me enseñó algo distinto.

No con discursos.

No con teorías.

Lo enseñó con su manera de mirarme. Con su manera de hablarme. Con la forma en que repetía aquella historia año tras año.

Hoy comprendo que cada vez que me hablaba del taxi, del médico y del nombre Luis Fernando, en realidad estaba diciéndome algo más profundo.

Estaba diciendo:

—Creo en ti.

Y aunque yo todavía no podía entenderlo completamente, aquellas palabras comenzaron a echar raíces dentro de mí.

Raíces silenciosas.

Raíces invisibles.

Raíces que me acompañarían incluso en los momentos donde yo mismo dejaría de creer en mí.

Con el tiempo la vida tomó caminos distintos.

Nunca me convertí en médico.

Nunca trabajé en un hospital.

Nunca llevé una bata blanca.

Pero gran parte de mi vida terminó girando alrededor de una misma búsqueda:

comprender el sufrimiento humano, el dolor, las heridas y las formas en que podemos sanar y transformarnos.

Quizá no como mi madre lo imaginó.

Pero sí alrededor de las mismas preguntas.

Hoy, cuando recuerdo aquella historia, ya no pienso solamente en el taxi. No pienso solamente en el hospital. Ni siquiera pienso en mi nombre.

Pienso en una mujer indígena viajando sola mientras estaba a punto de dar a luz.

Una mujer que cargaba dolor y esperanza al mismo tiempo.

Una mujer que todavía no conocía el rostro de su hijo.

Y que aun así ya soñaba con él.

Antes de las heridas.

Antes de las preguntas.

Antes de la búsqueda.

Existió una mujer que creyó en mí.

Y esa fue la primera raíz de todo lo que vendría después.